

**“MUÉSTRAME
TU FE”**

Epístola de
Santiago

Edificación Cristiana

Hamilton Smith

Traducido de Bibliquest

“MUÉSTRAME TU FE”

Introducción –Capítulo 1:1

2 La vida cristiana practica – Capítulo 1:2-27

3 La vida cristiana - prueba de la fe - Capítulo 2

- 3.1. Incompatibilidad de la vida de fe con la vida del mundo
- 3.2. La realidad de la fe probada por las obras de fe

4 La maldad de la naturaleza humana — Capítulo 3:4

- 4.1 La lengua indómita —3:1-12
- 4.2 Los celos y el espíritu de disputa — 3:13-18
- 4.3 Las pasiones no controladas — 4:1-3
- 4.4 La amistad del mundo— 4:4
- 4.5 El orgullo de la carne — 4:5-10
- 4.6 La maledicencia — 4:11, 12
- 4.7 La voluntad propia y la confianza en sí mismo 4:13-17

5 La venida del Señor — Capítulo 5

- 5.1 Los ricos de este mundo— 5:1-6
- 5.2 Los pobres del rebaño — 5:7-11
- 5.3 Que vuestro si sea si
- 5.4 Recursos ante las injusticias —5:13
- 5.5 La enfermedad — 5:14,15
- 5.6 Confesión —5:16-18
- 5.7 Buscar la bendición para los demás —5:19-20

1.- Introducción — Capítulo 1:1

El autor de la epístola se titula « *esclavo de Dios y del Señor Jesucristo*». Todo permite pensar que se trata de Santiago quien tuvo un lugar predominante entre los creyentes de los Judíos en Jerusalén (Hechos 12:17; 15:13; 21:18; Gálatas. 2:12). Este apóstol parecía estar especialmente calificado para enviar una epístola « *a las doce tribus que están en la dispersión* » Es a ellas que envía su saludo.

Para comprender esta epístola, conviene recordar la posición de los creyentes de origen judío en Judea y en Jerusalén, tal como se nos presenta en los Hechos de los Apóstoles. Es claro que en aquella época, un gran número de creyentes no se había separado realmente del sistema judío. Vemos a algunos que « *perseveraban por acuerdo común en el templo*». Más adelante, encontramos « *una gran muchedumbre de sacerdotes que obedecían a la fe* ». Leemos en otro lugar que « *algunos de la secta del fariseos, que habían creído*» insistían en la necesidad de circuncidar a los creyentes. En fin, el asunto es que « *miles de Judíos*» que habían creído eran « *totalmente celosos de la ley*», al parecer, no habían renunciado incluso a los sacrificios, las ofrendas y a las costumbres judías (Hechos 2:46; 3:1; 6:7; 15:5; 21:20).

Por cierto esto era una condición anormal. Pero se trataba de un período de transición, el paso del judaísmo al cristianismo y, durante este tiempo, Dios soportaba muchas cosas que no eran según su pensamiento. Lo sabemos por la epístola a los Hebreos, escrita más tarde con el propósito principal de separar totalmente a los cristianos del sistema judío. Son exhortados a salir fuera del campamento y a romper los lazos con la religión terrenal, para ocupar su posición celestial en relación con Cristo, en el lugar del oprobio.

Además, parece que, en esta época transitoria, Dios oficialmente reconocía como su pueblo no sólo a los cristianos asociados con los Judíos, sino que también a las doce tribus en medio de las cuales se encontraban, aunque sólo entre aquellos creyentes que tuvieran la fe que confesaba a Jesús como Señor.

Así, la epístola no está dirigida a la Iglesia como tal, ni exclusivamente a los cristianos de entre los judíos. Está destinada a las doce tribus que están en la dispersión, reconociendo y exhortando particularmente a los cristianos en medio de ellas.

A menudo esta epístola ha sido mal comprendida y, se teme que, ha sido descuidada por los verdaderos creyentes que no han sabido discernir su verdadero carácter. Se ve que ella responde a la primera etapa del cristianismo, antes de que los creyentes se hubieran separado de la nación de Israel; pero se deduce falsamente que tiene poca aplicación práctica para nuestros días donde la plena luz de las verdades que conciernen a la Iglesia y sus bendiciones celestiales ha sido revelada.

En cuanto a los hechos, la historia se ha repetido y, hoy como ayer, los cristianos fieles se encuentran dispersos en medio de una profesión enorme y

religiosa que, de igual modo que las doce tribus, no es pagana porque pretende reconocer al verdadero Dios. Es por eso que la epístola, que respondía a la primera etapa del cristianismo, tiene una aplicación muy especial para el período del fin.

No esperemos encontrar en sus cinco capítulos una exposición de la doctrina cristiana, ni tampoco la presentación de los privilegios exclusivos de la Asamblea. Todas estas verdades tan importantes son desarrolladas en otras epístolas inspiradas. ***El objeto principal del que nos ocupa es interpelar a lo que lleva el nombre de pueblo de Dios y exhortar a los creyentes a un caminar práctico que prueba la realidad de su fe, en contraste con la profesión religiosa en medio del cual se encuentran.*** La conducta cristiana debe tener siempre una gran importancia, y tanto, cuando una religión de puro formalismo se adornó con ropas del cristianismo, sin tener la fe personal del Señor Jesús. Luego aquí, nuestra fe es probada y sondeada nuestra conducta.

El capítulo 1 coloca delante de nosotros la vida cristiana práctica.

El capítulo 2 presenta la vida práctica como la prueba de nuestra fe en el Señor Jesucristo.

Los capítulos 3 y 4 hacen desfilar ante nosotros siete diferentes errores que caracterizan la profesión extensa y religiosa y en las que el verdadero cristiano está en peligro de caer, sin la gracia del Espíritu de Dios.

En el capítulo 5, el apóstol pone en contraste el estado de la multitud profesante y el de los hijos de Dios en el sufrimiento, y presenta la llegada del Señor en relación con ambas.

2.- La vida cristiana practica –Capitulo 1:2-27

El primer capítulo presenta el gran tema de la epístola — el desarrollo de la totalidad del carácter cristiano en el seno de un sistema religioso muerto.

V. 2 - 4 — El apóstol comienza por alentarnos para que nos regocijemos en las pruebas, aquellas que nos hacen desarrollar la vida práctica de la piedad. Primero, nos dice que estas se constituyen como una prueba de la realidad de nuestra fe. En segundo lugar, son el medio del que Dios se sirve para producir la paciencia. En tercer lugar, si la paciencia tiene su obra perfecta, acabará en una vida cristiana bien equilibrada, en la cual nuestra voluntad estará sujeta, y cumplida así la voluntad de Dios. Para ello hace falta que la paciencia pueda tener su obra perfecta. La obra de la paciencia consiste en quebrantar la confianza en el yo y en la voluntad propia, y enseñarnos a que, separados de Dios, no podemos hacer nada. Cuando la paciencia haya tenido su obra perfecta, el alma manifestará su sumisión a Dios en la prueba inclinándose

delante de Aquel que lo ha permitido «*Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová* » (Lamentaciones. 3:26).

El apóstol comienza por presentarnos de qué manera Dios desarrolla en los suyos una vida completa, no faltando nada del carácter cristiano. Esta vida perfecta ha sido manifestada en Cristo aquí en la tierra en medio de las pruebas y los sufrimientos; esta vida está en los creyentes por medio de la prueba y el sufrimiento de Cristo.

V.5 — No obstante, aunque la voluntad esté sometida y aunque verdaderamente deseemos hacer la voluntad de Dios, a puede sucedernos a menudo, que en nuestras pruebas, nos falte sabiduría para actuar según Su voluntad. Si uno de nosotros se encuentra en este caso « *pida a Dios* », dice el apóstol. Dios es nuestro recurso. Podríamos tener miedo de dirigirnos a los hombres, no sólo porque su consejo corriera el peligro de no ser bueno, sino porque pudieran darlo de mala gana, censurar nuestra ignorancia o defraudar nuestra confianza. Con Dios, no tenemos que temer nada. Da libremente, sin criticar nuestras inconsecuencias y nuestra debilidad.

V. 6-8 —La necesidad que nos conduce a Dios es una ocasión para desarrollar nuestra fe. También somos exhortados no sólo a pedirle a Dios, sino que aún hacerlo « *con fe, no dudando nada*». Al dirigirnos a Dios, debemos contar con una respuesta a nuestras oraciones. Dudar que Dios responda, a su tiempo y a su propia manera, probaría que nuestro espíritu es « *semejante a la onda del mar, que es arrastrado por el viento y echada de una parte a otra.* ». La ola es el juguete de los vientos que viene de cualquier dirección. No nos dejemos influenciar en nuestras oraciones con las dificultades de las circunstancias o con la influencia del mal que está en contra nosotros. Con una fe simple, miremos a Aquel que está por encima de todas las influencias contrarias — a Aquel que puede caminar sobre las olas y aplacar la tempestad. Él sólo tiene la medida para darnos la sabiduría para actuar según Su voluntad. Las oraciones que dirigimos a Dios posiblemente están a menudo detenidas por la incredulidad que mira a las circunstancias. Si somos inconstantes en nuestros pensamientos, seremos inconstantes en todos nuestros caminos, y nos dejaremos llevar en una u otra dirección según cuando las circunstancias nos parecerán favorables o no.

V. 9-11 — Podríamos también buscar una escapatoria a las pruebas en nuestra posición social o económica. Como creyentes deberíamos regocijarnos de que nuestra posición delante de Dios no depende de ningún modo de nuestro rango social en este mundo. El hermano de condición baja tiene de qué regocijarse, ya que el cristianismo lo ha ascendido a una nueva posición espiritual infinitamente superior a toda la gloria que este mundo puede ofrecerle. Tiene su parte con Cristo y los suyos en el tiempo presente; tendrá parte en la gloria de Cristo en el mundo que viene. Acordémonos que Dios

escogió a « los pobres en cuanto al mundo, ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a aquellos que le aman».

Los ricos por su parte tienen de qué regocijarse en su humildad. Sus posesiones terrenales y los honores humanos dejaron de tener influencia sobre ellos ahora que tienen parte de las riquezas insondables de Cristo. Comparadas a Cristo y a su gloria, las distinciones y las riquezas de este mundo son sólo flores que se marchitan y perecen. El apóstol Pablo, después de haber encontrado al Cristo de la gloria, ve todas estas ventajas terrenales como pérdida; aún más, los estima como basura. El cristiano que se glorifica en su origen y en su posición social se glorifica en lo que al apóstol, en lo que le concierne, cubre de menosprecio. Alguien dijo: “*el mundo pasará, y el espíritu de este mundo ya ha pasado en el corazón del cristiano espiritual. El que toma el lugar más bajo será grande en el reino de Dios*” (J.N.Darby).

Unidos por los lazos del amor divino, el pobre y el rico pueden dejar atrás todo lo que les concierne a la posición en el mundo y a las posesiones terrenales, para gozar juntos de las cosas que se relacionan con esta comunión preciosa a la cual ambos son llamados, « *la comunión de su Hijo Jesús Cristo, nuestro Señor*» (1ª Corintios 1:9).

V. 12 — Bienaventurado el hombre, rico o pobre, que evita estos engaños y soporta la prueba, mirando sólo al Señor para conocer su pensamiento y caminar por la obediencia a Su voluntad. Efectúa la vida cristiana práctica y cuando la senda de la fe, con sus pruebas, se acabe, recibirá la corona de vida que el Señor les ha prometido a aquellos que le aman. A menudo nos rebelamos en las pruebas, porque somos **egoístas** y queremos defendernos y justificarnos, porque si le amáramos más, estaríamos dispuestos a sufrir por Él.

V. 13-15 — El apóstol nos advierte luego en contra de otro carácter de la prueba. Hablo de la prueba de la fe, que es debida a las circunstancias exteriores (v. 2, 3); nos invita ahora a no confundir esta forma de tentación con las que provienen de la carne que está en nosotros. Dios puede probarnos por las circunstancias exteriores, pero Él no puede ser tentado por el mal, ni tampoco puede inducir a un hombre a hacer el mal. Podemos, nosotros, por la codicia que está en nosotros, ser tentados por el mal, y ser arrastrados a hacerlo. Judas al ser seducido por la codicia del dinero que había en su corazón cayó en la tentación del diablo quien le hizo satisfacer su deseo traicionando al Señor. La codicia en él le condujo al pecado de la traición y el pecado de la traición produjo en él la muerte.

V. 16-18 — En contraste con el mal que viene de la carne, « *todo lo que es bueno*» y « *todo don perfecto*» sólo puede venir de Dios. La palabra griega la traduce por « *lo que es dado de bueno* » se refiere al hecho de dar; mientras que « *don perfecto*» se remite a la cosa dada. Todo lo que es bueno, tanto en la manera de dar que en la cosa misma, viene de Dios. Es también el « *Padre*

de las luces ». En el mundo físico, es Él quien colocó las lumbreras «*en la extensión de los cielos para dar la luz sobre la tierra*». También es la fuente de toda luz espiritual. Ninguna tiniebla vienen de Él. No sólo es bueno y luz pura, sino que toda la bondad y toda la luz vienen de Él; y en Él no hay variación o sombra de cambio. No cambia con nuestras circunstancias inestables o nuestras disposiciones inestables.

Tenemos una expresión magnífica de la bondad de Dios en el don que nos hizo dándonos una nueva naturaleza para que seamos primicias de la nueva creación.

V. 19-21 —Así el cristiano es llamado a ser un testigo de la nueva creación, viviendo en el poder que actúa por la nueva naturaleza, en lugar de actuar según los deseos corrompidos de la antigua. Somos llamados a comportarnos de manera práctica siendo consecuentes con esta nueva naturaleza. Debemos estar prontos para escuchar, lentos para hablar y lentos para la ira. *Escuchar* corresponde a una actitud de dependencia, atento a lo que Dios dice. *Hablar*, es expresar nuestros propios pensamientos. Debemos por tanto ser prontos para escuchar las palabras de Dios, la expresión de Su pensamiento y de Su voluntad, y ser lentos para expresar lo que a menudo sólo manifiesta nuestra naturaleza y nuestra voluntad. Además debemos no sólo ser lentos en dar expresión a los pensamientos de nuestro espíritu, sino ser tan *lentos a la ira* que traduce los sentimientos de nuestro corazón. La ira del hombre no cumple la justicia de Dios y no es compatible con la piedad.

También somos exhortados a rechazar toda suciedad de la carne y toda abundancia de malicia del corazón, que se manifiesta por palabras dañinas y una ira injusta. Debemos juzgar el mal que se esconde detrás de las palabras maliciosas y las explosiones de rabia. Esto, no buscando obedecer a una ley exterior, solo para excitar la carne, sino que rechazando cada una de sus fases y recibiendo con dulzura la palabra implantada de Dios. Es la palabra recibida en el corazón, no con razonamientos y argumentos, sino con la dulzura que se somete a lo que Dios tiene que decir. La palabra implantada en el corazón actuará para librarnos de todo el mal de la carne y del mundo. Somos engendrados no tan sólo por la Palabra, sino que somos transformados en nuestro carácter y crecemos en la gracia por la misma Palabra.

V. 22-24 — Hemos sido exhortados a ser **prontos para escuchar** lo que Dios nos dice en su Palabra, ahora somos invitados a **poner en práctica** lo que oímos. Debemos ser **"hacedores"** de la Palabra, y no solamente oidores. Que no es sino el eco de las mismas palabras del Señor: « *Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis*» (Juan 13:17). Alguien dijo que esta "declaración podría ser considerada como una seguridad e igualmente una banalidad; en la práctica nadie sabría como hacerlo, somos muy propensos a contentarnos con aprobar o admirar una bella acción o una buena costumbre, como si nosotros de hecho lo hubiéramos hecho. Retengamos bien esta exhortación". El que igualmente se jacta de conocer la Palabra sin ponerla en práctica sólo se engaña sobre su verdadera condición delante de Dios. Se sirve de la Palabra sólo como del espejo en el cual se considera por un momento, luego olvida todo. Sus caminos no son gobernados por la Palabra

V. 25 —El que posee la nueva naturaleza y el que es conducido por la Palabra descubrirá que ésta es la "*ley perfecta, la de la libertad*". La ley del Sinaí fue escrita sobre tablas de piedra; no inscritas sobre el corazón. Ella les decía a los hombres lo que debían hacer, pero no les daba el deseo ni la capacidad para obedecer. Recibir la orden de hacer lo que no deseo no es otra cosa que esclavitud, aunque obedezca. Ahora, por la Palabra de Dios no sólo se nos ha dado una revelación perfecta de la voluntad de Dios, sino que también, por la misma Palabra, una nueva naturaleza ha sido engendrada en nosotros, la cual le agrada actuar según la Palabra. Recibir el mandamiento de hacer lo que deseo hacer, esto es libertad. La Palabra de Dios llega a ser así una ley de la libertad y el que es conducido por aquella ley será "*«bienaventurado en todo lo que haga* ».

V. 26, 27 — Los últimos versículos del capítulo nos invitan a la piedad práctica según **la palabra de Dios** que lleva con ella la **bendición de Dios**. La lengua traiciona rápidamente la pretensión simple de ser religioso. La lengua desenfundada desenmascara pronto un corazón en el cual la codicia y la maldad no han sido juzgadas. La religión pura se manifestará no en palabras, sino en práctica. Conducirá al afecto hacia los afligidos y a la separación del mundo.

Algunos tratarán posiblemente de actuar conforme a una parte del versículo y olvidarán el otro. Se pueden cumplir muchas buenas obras y caminar sin embargo de la mano con el mundo. O al contrario, realizar una separación del mundo pero descuidar las buenas obras prácticas. El servicio religioso puro y sin mancha reclama la obediencia a ambas exhortaciones. El que va enfrente de las necesidades del mundo debe cuidarse de no ser manchado por su maldad. ¡Con qué perfección este servicio religioso puro e intachable ha sido cumplido por Cristo! Alguien dijo: "*su santidad ha hecho de El un perfecto extranjero en un mundo tan sucio; su gracia a hecho de El un siervo perfecto en un mundo tan miserable y afligido... Aunque forzado a la soledad moral por la escena de pecado que atravesaba, fue estimulado a la actividad de amor por la miseria y las necesidades que allí encontró.*"(J.G.B).

Así, en este primer capítulo, el apóstol coloca delante de nosotros la vida cristiana práctica,

—fortalecida por las pruebas y la dependencia de Dios,

—vvida en el poder de una nueva naturaleza que se deleita en escuchar la Palabra de Dios y obedecerla,

—manifestándose en el amor que va hacia los pobres a este mundo,

—pero en la santidad que camina en separación de el. (es decir el mundo)

3. La vida cristiana—prueba de la fe—Capítulo 2

Uno de los grandes propósitos de la epístola es insistir en la vida cristiana práctica y guardar así al creyente del peligro de separar la fe de la práctica. En el primer capítulo, la vida práctica de piedad, desarrollada en una nueva naturaleza, ha sido colocada delante de nosotros. En el segundo, la misma vida es presentada como la prueba de una fe verdadera.

La vida de fe estará siempre en contraste con la vida del mundo; está caracterizada, además, por las obras de fe. Por lo tanto he aquí los dos grandes temas del capítulo 2. Primero, advertir a los que hacen profesión de la fe cristiana conformándose con este mundo (v. 1-13); segundo, señalar el riesgo de una simple profesión fe sin las obras que son el fruto de la fe (v. 14-26)

3.1 Incompatibilidad de la vida de fe con la vida del mundo

V. 1-3 - De manera general, la gente estima a los hombres no en función de su valor moral, pero sí según su posición social y su apariencia exterior. Los que tienen la fe de nuestro Señor Jesús Cristo, Señor de gloria, no deben apoyarse en apreciaciones personales entre unos y otros. El hombre del mundo tendrá el respeto con aquellos que tienen fortuna y buena posición social; pero la fe nos pone en contacto con el **Señor de gloria**. En su presencia, todos los hombres, por mas elevada que sea su posición en el mundo, se vuelven muy pequeños.

V 4- Se les advierte a los creyentes que no tengan entre ellos distinciones humanas, a no alimentarse de malos pensamientos juzgando según las apariencias, despreciando a un pobre por su pobreza, o agradando a un rico por su riqueza.

V. 5-7 - Se establece luego un contraste entre la manera de actuar de Dios y la de aquellos que pretenden ser creyentes. Dios ha escogido a los que son pobres en cuanto al mundo, pero ricos en la fe. Aunque hoy sean pobres en este mundo, son herederos de las riquezas del reino que han sido prometidas a los que aman a Dios. La gran religión establecida es así puesta a prueba. ¿Cómo considera al mundo? ¿Cómo trata a los creyentes? Ante todo, ¿Qué valor le otorga al Nombre de Cristo? ¡Por desgracia! El sistema religioso aquí es puesto al desnudo, con toda su vanidad: respeta al rico, menosprecia al pobre, oprime al creyente y blasfema el Nombre precioso de Cristo

V. 8, 9 - El apóstol escribe a los que, haciendo profesión de cristianismo, eran celosos en cuanto a la ley (Hechos 21:20). ¿Que hay entonces de su profesión cristiana con respecto a la esencia de la ley — *la ley real* — tal como es

presentada por el Señor? Hoy, la cristiandad se ha colocado bajo la ley y, por consiguiente, puede también ser puesta a prueba por la ley. La ley real es la del amor. El Señor podía decir que amar al Señor su Dios con todo su corazón y con toda el alma, y con toda su mente, es el gran y primer mandamiento, y el segundo que es semejante, añade: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Amar a Dios y amar a su prójimo, es cumplir la ley en su totalidad. Si estos dos mandamientos son guardados, sería imposible transgredir ningún otro. La ley del amor es la ley real que resume todas las demás. Cumplir esta ley, es hacer el bien. El que hacía acepción de personas manifestadamente no amaba a su prójimo como a sí mismo. Al contrario, estimaba más a su prójimo rico que a su hermano pobre. Así era convencido de que era un trasgresor.

V. 10, 11 - ¿Para qué pretender que todos los demás mandamientos han sido guardados, si éste ha sido transgredido? Fallar en un solo punto, es ser culpable de todos, de la misma manera que el rompimiento de un solo anillo en una cadena provoca la caída del peso suspendido.

V. 12, 13 - La fe en el Señor Jesucristo que pretendemos tener supone una naturaleza que se complace en hacer lo que Dios desea que hagamos. Esta es la libertad. Resulta que nuestras palabras y nuestras acciones deberían estar de acuerdo con esta ley de la libertad.

Dios se agrada en manifestar la misericordia. Si profesamos la fe en nuestro Señor Jesucristo y no usamos de misericordia, no actuamos según los preceptos de la nueva naturaleza que desea ejercerla más que el juicio. Faltar de misericordia puede atraernos la disciplina gubernamental de Dios.

3.2 La realidad de la fe probada por las obras de fe

V. 14 - Lo que un hombre dice se verifica por lo que hace. Alguien puede decir que tiene fe, pero no le será de ningún provecho simplemente decirlo si no están las obras que vienen a probar la realidad.

V. 15-17 – ¿Quién pretendería decir que hace un poco de bien con el solo hecho de decir a pobres: «*anda en paz, caliéntate y sáciate*», sin hacer nada para responder a su necesidad? Las palabras, por muy bellas que sean, no serán de ningún provecho si no están acompañadas por hechos. «*De la misma manera que la fe sin obras es muerta*»

V. 18 - Luego las obras de la fe son la prueba delante de los hombres. No podemos ver la fe; igualmente, para probar la existencia, necesitamos algo visible. Decir a alguien: “tienes la fe, y yo tengo obras” es como decir: “te jactas de tu fe y eres indiferente a las obras; pero si tienes fe, muéstramela; ¿y cómo puedes mostrarme tu fe sin obras? Yo, puedo mostrarte mi fe por mis obras”.

V. 19, 20 - El Judío creía que Dios era uno. Esto es correcto; los demonios también creen y esto les asusta, pero no los pone en contacto con Dios. Así el

hombre puede creer **lo que es verdad en cuanto a Dios**, y sin embargo **no tener la fe en Dios**. La fe es el fruto de una nueva naturaleza que cree en Dios y que prueba su existencia por sus obras. También el que dice que tiene la fe y que sin embargo está “sin obra” es un hombre vano y su fe es sólo una profesión muerta. He aquí la condición de la vasta cristiandad profesante que tiene que se adhiere bien a las verdades y que hace “obras” pero sin la fe que pone al alma en contacto personal con Cristo.

V. 21 - El apóstol presenta dos casos sacados del Antiguo Testamento para mostrar, primero, que la fe que tiene a Dios por objeto produce obras y, segundo, que las obras producidas por la fe tienen un carácter distinto. Estas son **obras de fe**, y no solamente **buenas obras**, como los hombres las llaman.

El apóstol habla primero de Abraham y muestra que había sido justificado por obras cuando había ofrecido a su hijo Isaac sobre el altar. El patriarca probó por esta obra la autenticidad de su fe, una fe tan absoluta que creía a Dios capaz de actuar de una manera contraria a todo lo que jamás se había visto en la historia del hombre.

V. 22 - Vemos luego aquí no sólo las obras de Abraham sino que la fe que actúa con sus obras. Resulta de manera evidente que cuando el apóstol habla de obras que prueban nuestra fe, se entiende no simplemente de las buenas obras tales como la naturaleza amable del hombre es capaz de producir, sino las obras que la fe sola puede operar. Estas son obras de fe; y por tales obras la fe es hecha perfecta. Si, por una parte, el apóstol insiste en las obras como siendo el criterio de la fe delante de los hombres, por otra parte, insiste en la fe como siendo el criterio de las obras.

V. 23 — Así, de manera práctica, la Escritura ha sido cumplida cuando dice: «y Abraham creyó a Dios». Probó de manera bienaventurada su confianza en Dios con, un resultado, que Dios ha reconocido, confiando en él, llamándole «amigo de Dios».

V. 24 — Luego es evidente « que un hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente». Es también claro que el apóstol no habla de la justificación delante de Dios, por la expiación de los pecados, sino de la justificación visible para los hombres. El apóstol Pablo habla de lo primero, es decir, por la expiación de los pecados, y declara: « si Abraham fue justificado sobre el principio de las obras, tiene de qué vanagloriarse, pero no respecto a Dios». Santiago habla de lo segundo, es decir, la justificación visible hacia los hombres, y declara: « ¿Abraham, nuestro padre, no fue justificado por obras? » Por consecuencia, ha sido llamado « amigo de Dios », ¿y no era un título de gloria?

V. 25, 26 — La historia de Rahab nos ofrece otro ejemplo notable de lo que es una obra de fe. Todos la tenían por una mujer de mala reputación y además, culpable de traición a los ojos de su patria. Entonces lo que ella hace prueba que a pesar de todas las apariencias contrarias, su fe reconocía a los israelitas como el pueblo escogido por Dios y Jericó como un pueblo en condenación.

Los dos relatos muestran que la profesión de una fe sencilla no es suficiente. Allí debe haber realidad, atestiguada por las obras de la fe. « *Como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin las obras es muerta* ». En ambos casos, las obras prueban la existencia de la fe en Dios, pero en virtud de su carácter especial, porque no son de ninguna manera obras que el hombre natural podría aprobar. Abraham va a degollar a su hijo, y Rahab va a traicionar a su país. Estas no son “buenas obras” según la apreciación de los hombres. La vida práctica del cristiano debe estar caracterizada desde luego por las “buenas obras” como el apóstol ya lo ha mostrado exhortando a los creyentes a « *visitar a los huérfanos y las viudas en su aflicción* ». Pero las obras que prueban la fe son a veces muy contrarias a lo natural, que, separadas de la fe, serían condenadas por todo hombre inteligente. Así, teniendo como base la voluntad de Dios y la sumisión a ésta, la fe produce obras especiales, y las obras prueban la fe.

En este capítulo, la fe de una persona que pretende tener al Señor Jesucristo es puesta a prueba por lo siguiente:

- Cómo se comporta con los pobres (v. 1-6);
- Cómo se comporta hacia los. 8-11);
- donde está con respecto a la ley de la libertad (v. 12-15);
- En fin ¿cual es su posición en cuanto a las obras? (v. 14-26)

4 La maldad de la naturaleza humana – Capítulo 3 y 4

En el capítulo 2, el apóstol coloca delante de nosotros diversos criterios para que podamos probar la realidad de la fe de los que pretenden tenerla.

En los capítulos 3 y 4, se nos advierte de siete formas diferentes de males que caracterizan a la profesión cristiana y en las que todo creyente, sin la gracia, es capaz de caer

1. La lengua indómita —3:1-12.
2. Los celos y el espíritu de disputa —3:13-18.
3. Las pasiones no controladas —4:1-3.
4. La amistad del mundo —4:4.
5. El orgullo de la carne—4:5-10.
6. La maledicencia —4:11, 12.
7. La voluntad propia y la confianza en sí mismo —4:13-17.

4.1 La lengua indómita - 3:1-12

V. 1 - El apóstol introduce sus advertencias exhortándonos con respecto a las malas acciones de la lengua, es decir, no dados a ser muchos doctores. No habla del buen uso del don de enseñar (Romanos 12:7), sino de la tendencia de la naturaleza humana que quiere enseñar a los demás, y su deseo de tener un rol en el ministerio. Esta inclinación puede encontrarse en cada uno de nosotros, sea dotado o no. Sin embargo allí dónde el don de enseñar existe, la carne en aquel que la deja actuar, puede servirse para alimentar su propia vanidad. Pero, independientemente de la posesión de un don, estamos siempre en peligro de querer enseñar a los demás — lo que es bueno —, olvidando que nosotros mismos somos capaces de fallar en las mismas cosas contra las cuales advertimos. Se ha dicho: “**es más fácil enseñar a los demás que gobernarse a sí mismo**”, y aún mas: “**la humildad en el corazón hace lento el hablar**”. Enseñar a los demás estando nosotros mismos en falta, sólo aumenta nuestra culpabilidad.

V. 2 - Por lo tanto acordémonos que podemos ser culpables reprendiendo a los demás, « *Porque todos ofendemos muchas veces*», aunque a veces lo hacemos sin estar conscientes de ello. Es en palabras que faltamos más fácilmente. El que sabe amaestrar su lengua será un cristiano completo — un hombre perfecto, capaz de tener también todo su cuerpo en freno.

V. 3-5 – Santiago nos advierte con respecto al uso inmoderado de la lengua. El freno en la boca del caballo es un pequeño objeto, pero por él podemos forzar a la bestia a obedecer. Un timón es de una dimensión pequeña, pero por él grandes embarcaciones pueden ser controladas a pesar de “los vientos violentos”. Lo mismo la lengua es un pequeño miembro que puede gobernar todo el cuerpo, por lo tanto el hombre puede, como un piloto, someterla con maestría. Pero si no la tiene sujeta, puede ser el medio de expresar la vanidad del corazón, condenando a los demás y exaltándose a si mismos, porque se jacta de « *grandes cosas* ». Puede así ser la fuente de mucho mal, porque aunque siendo solamente un «*pequeño miembro*», es semejante a una llama capaz de destruir un bosque entero.

La mano y el pie lamentablemente pueden, llegar a ser instrumentos para ejecutar la voluntad de la carne; pero no existe ninguno de nuestros miembros que sea más rápido que la lengua para manifestar nuestra voluntad, descubrir nuestra debilidad y revelar el verdadero estado de nuestro corazón. Una pequeñez basta para que sea excitada por la maldad del corazón, y que se encienda en otros, produciendo un mal infinito por medio de una sola palabra vana y mala.

V. 6 - El apóstol describe la lengua como un fuego que, no sólo engendra disturbios sino que aún lo alimenta. Es capaz de producir toda forma de injusticia y llegar a ser un mundo de iniquidad. Por sus malas sugerencias, puede manchar cada miembro del cuerpo, y poner en movimiento todo el curso de la naturaleza caída. Los malos espíritus del infierno encuentran en la lengua

un instrumento muy preparado para su obra destructora, de modo que se puede decir que «*ella misma es inflamada por el infierno.* ».

V. 7,8 - Por su naturaleza la lengua no puede ser dominada. Toda especie de criatura ha sido dominada por la especie humana, pero nadie puede dominar la lengua. Es un mal desordenado, dice Santiago, llena de un veneno mortal. No sólo mancha el cuerpo, sino que puede envenenar el espíritu. Se ha dicho muy justamente: *“la inmensa mayoría de los que tendrían vergüenza de golpear a alguien, no podrían retener una palabra apasionada o dura en contra de su prójimo”*. No hay nada más fácil que envenenar el espíritu de un hermano hacia otro por una crítica irreflexiva y mala.

V. 9-12- Además, la lengua puede ser muy inconsecuente, porque siendo capaz de bendecir a Dios, puede también maldecir al hombre hecho a semejanza de Dios. De la misma boca procede la bendición y la maldición. Esto es contrario a la naturaleza, porque ninguna fuente puede hacer brotar agua dulce y agua amarga por la misma llave, igualmente que una higuera no puede producir aceitunas, o una vid higos. El orden divino exige que un objeto de una cierta naturaleza produzca siempre frutos de la misma naturaleza. Los cristianos, siendo nacidos de Dios y moralmente participantes de la naturaleza divina, deben en sus palabras y en sus actos ser consecuentes con el orden según Dios.

El apóstol no habla de la lengua cuando es usada por la gracia y bajo el control del Espíritu, sino de la lengua empleada bajo la influencia de la carne y activada por el diablo. Solamente el poder del Espíritu que cumple en el corazón la gracia de Cristo puede guardar la lengua. **Cuando el corazón goza de la gracia y del amor de Cristo, la lengua se expresa en gracia, de la abundancia del corazón.**

Edificación Cristiana

4.2 Los celos y el espíritu de disputa —3:13-18

Después de haber expuesto en términos ásperos las malas acciones de una lengua indómita, el apóstol advierte contra los celos y el espíritu de disputa. En este contexto, establece un contraste que llama entre el hombre sabio y los que alimentan en su corazón los celos y las disputas.

V. 13 - El que es sabio, teniendo la inteligencia del pensamiento de Dios, manifestará no por vanagloria, ni necesariamente por palabras, sino por la buena **conducta** y las **buenas obras** hechas con dulzura que son el resultado de la verdadera sabiduría. Muy a menudo la carne procura ponerse delante por medio de la vanagloria y obras hechas con ostentación. El hombre sabio no actúa así.

V. 14, 15 - En contraste con el que es sabio, existen los que alimentan celos amargos y un espíritu de discordia en su corazón. El mal, como siempre,

comienza en el corazón; los celos en el corazón conducen a la jactancia, y ésta última a la mentira contra la verdad. Muchas veces el envidioso procurará esconder sus celos protestando que no tiene rencor en su corazón, solamente resiste al mal y defiende la verdad. Si, bajo el pretexto de descubrir un mal y decirle a un hermano toda la verdad para su bien, expresamos deliberadamente cosas ofensivas, podemos estar muy seguros que la maldad en el corazón está detrás de nuestras ofensivas palabras. Cuantas veces no se han excusado palabras muy feas citando: « *Mejor es reprensión manifiesta, que amor oculto. Fieles son las heridas del que ama...* »

¿Pero sabríamos citar las palabras que anteceden inmediatamente a aquellas? Estaríamos atentos a no usar ligeramente estos versículos porque lo que dice allí es: « *¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?* » (Proverbios 27:4-6).

¡Por desgracia, cuan fácil nos engañamos en nuestro esfuerzo por excusarnos!
¡Que fácil es justificar nuestra maldad con el pretexto de que actuamos con fidelidad! La maldad es una mala hierba que prolifera en nuestro corazón; pero también es raro oír a alguien confesar que alimenta malos sentimientos en su corazón, o que las palabras que pronuncia son malas.

Los celos amargos y el espíritu de discordia no son el producto de la sabiduría de lo alto. Son manifestaciones terrenales, no celestiales; expresan los sentimientos del viejo hombre, no los del nuevo hombre. Son del diablo, no de Dios.

Además, acordémonos que los celos son siempre una confesión de inferioridad. Envidiar a un hombre que tiene un sueldo elevado, es reconocer que el mío es más pequeño. Lo mismo, tener envidia de un hombre que posee un don, es confesar que el que yo tengo es inferior.

V. 16 - Si los celos y el espíritu de discordia en el corazón llevan a palabras de jactancia y de mentira para intentar excusar o cubrir la envidia, en su entorno la jactancia y la hipocresía producirán desorden y confusión, abriendo la puerta a « *toda especie de mal* ». Está expuesta aquí en términos claros y precisos, la primera causa de todo el caos que podría suceder entre los hijos de Dios. Los celos amargos y el espíritu de discordia en el corazón, se expresan en palabras de jactancia y de engaño, y conducen al « *desorden y toda especie de malas acciones* ».

V. 17, 18 - El apóstol en contraste sorprendente con las actividades del viejo hombre que está marcado por los celos y el espíritu de discordia, coloca delante de nosotros, en los últimos versículos, una bella imagen del nuevo hombre, caracterizado por « *la sabiduría que viene de lo alto* ». Sabemos que Cristo está arriba, sentado en la gloria, y que Él « *nos ha sido hecho por Dios sabiduría* ». Cristo es la Cabeza del Cuerpo y toda la sabiduría de la Cabeza está a nuestra disposición.

Se ha dicho legítimamente: « *El se agrada tanto como "Cabeza" del creyente más simple como de un apóstol Pablo. Fue Cabeza y sabiduría para el apóstol,*

pero está dispuesto a ser Cabeza y sabiduría para el cristiano mas simple". ¡Cuánta verdad hay en estas palabras! Aquel pasaje que nos dice: «*Dios escogió lo necio del mundo*» inmediatamente sigue así: «*Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría*» (1ª Corintios 1:27, 30). ¡Por desgracia! lo que imaginamos que es de nuestra propia sabiduría a menudo nos impide gozar de la sabiduría de lo alto — la sabiduría de nuestra "Cabeza". Que felicidad es para nosotros el reconocer nuestra locura, y arrojarnos sobre la sabiduría que está en Cristo nuestra Cabeza, para descubrir que por muy poco inteligentes que seamos por naturaleza, recibiremos una sabiduría dada para cada detalle de nuestra vida y de nuestro servicio.

Si somos caracterizados por la sabiduría de lo alto, nos pareceremos a Cristo. «*La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.* ». ¿No es esto sino una bella descripción de Cristo cuando atravesó este mundo?

La sabiduría de la Cabeza se ocupa primero de nuestro corazón. Nos hace juzgar el mal que está escondido, para que seamos puros de corazón. Luego, en nuestras relaciones con los demás, nos enseñará a ser apacibles. Pondrá un freno en nuestra lengua y en nuestra inclinación a la discordia, nos conducirá así a buscar la paz. Buscándola nos expresaremos más bien con cortesía antes que con la manera violenta de la carne.

En lugar de la agresividad de la carne que desea siempre levantarse, cederemos a los demás, estando dispuestos a escuchar lo que tienen que decir. Además, la sabiduría de lo alto está dispuesta a manifestar misericordia más bien que condenar apresuradamente. Es «*sin parcialidad*» y «*sin hipocresía* ». No procura hacer alarde de una gran sabiduría haciendo preguntas sin ninguna finalidad. Está caracterizada por la sencillez y la sinceridad. La sabiduría de lo alto produce así el fruto de justicia, sembrado en un espíritu de paz para los que procuran proporcionar la paz. La sabiduría de la Cabeza jamás producirá desorden ni discordia. El Señor Jesús, Aquel que es sabiduría procurará la paz y, así en la apacible condición creada, cosechará los frutos de la justicia.

4.3 Las pasiones no controladas - 4:1-3

V. 1-3 - El apóstol acaba de hablar de desorden y de discordia entre los que llevan el nombre de pueblo de Dios. Pregunta ahora: «*¿de donde vienen las guerras, y de donde vienen los pleitos entre ustedes?*»

Les recuerda los conflictos que había entre el pueblo de Dios por los deseos del corazón que encontraban su expresión en los miembros del cuerpo. Para satisfacer sus pasiones, la carne está dispuesta a matar y pelear. En un sentido literal, esto es efectivo en el mundo y sus guerras. En un sentido moral, si estamos resueltos a hacer nuestra propia voluntad, la triste naturaleza humana

rebajará y aplastará todo lo que se le atravesase en el cumplimiento de nuestros deseos.

Si estos deseos son legítimos, no es necesario combatir entre nosotros para obtenerlos; podemos pedirle a Dios para que se nos concedan. ¡Muy a menudo, por desgracia! no obtenemos respuesta a nuestras oraciones, porque posiblemente pedimos mal solo para satisfacer algún deseo propio

4.4 La amistad del mundo - Santiago 4:4

Estas consideraciones sobre el deseo de la carne conducen al apóstol a ponernos en guardia en contra de la amistad del mundo, que nos ofrece todas las ocasiones para satisfacer sus deseos. El mundo está caracterizado por el deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida. Este mundo ha manifestado su enemistad con respecto a Dios rechazando y crucificando al Hijo de Dios. Cualquiera que profesa tener la fe en el Señor Jesús, y entra en amistad con el mundo que crucificó al Hijo de Dios, espiritualmente equivale a cometer adulterio. « *La amistad del mundo es enemistad contra Dios* ». Nuestra actitud frente al mundo declara nuestra actitud frente a Dios. « *La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta* »- dice el apóstol Pablo (1ª Timoteo 5:6). Cultivar la satisfacción mundana produce una rotura entre el alma y Dios. « *Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él* », dice el apóstol Juan (1ª Juan 2:15). « *Cualquiera pues que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios* », declara el apóstol Santiago.

4.5 El orgullo de la carne — Santiago 4:5-10

Edificación Cristiana

V. 5, 6 - El apóstol muestra ahora que detrás de la amistad del mundo se esconde el orgullo de nuestra vieja naturaleza. Deseando ser algo, la carne naturalmente se vuelve hacia el mundo para tratar de encontrar en sus riquezas, su posición social y sus honores lo que satisfará la necesidad imperiosa de distinguirse. No obstante, no es en vano que la Escritura nos advierte contra el mundo; y el Espíritu que habita en los cristianos no nos conducirá a desear las cosas del mundo. Al contrario, les dará la gracia necesaria para resistir al mundo y a la carne, siguiendo esta promesa: « *Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes* ». Si nos contentamos con ser pequeños e incluso no ser nada en este mundo, el poder y la gracia para resistir a la carne y al mundo nos serán concedidas.

V. 7 — Siete exhortaciones son dadas ahora para responder al orgullo de la carne. Son totalmente contrarias al orgullo natural de nuestros corazones y que nada, solo la gracia administrada por el Espíritu, nos permitirá responder en alguna medida.

Primero, el apóstol dice: « **Someteos pues a Dios**». Solo la gracia nos conducirá a la sumisión. El sentimiento de la gracia y de la bondad de Dios nos dará tal confianza en Dios, que el alma renuncia con felicidad a su voluntad propia y se somete a Dios. En lugar de procurar ser alguien y algo en el mundo, el cristiano acepta con gozo las circunstancias ordenadas por Dios. El Señor Jesús es el ejemplo perfecto de Aquel que su confianza en Dios lo condujo a someterse perfectamente. En las circunstancias más dolorosas, cuando por ejemplo, fue rechazado por las ciudades en donde había hecho sus milagros de amor, dice: « *Sí, Padre, porque a Ti te agradó*» (Mateo. 11:26).

En segundo lugar, Santiago nos dice: « **resistid al diablo, y huirá de vosotros** ». Someternos a Dios y estar contentos con lo que tenemos nos permitirá resistir a Satanás que nos tienta y provoca con las cosas de este mundo. Así como en aquel tiempo el diablo trató de tentar a nuestro Señor, procurará seducirnos para que satisfagamos las necesidades de la vida normal, nuestras aspiraciones religiosas, o todo lo que nuestros ojos podrían anhelar. Pero si las tentaciones que presenta se topan con la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, sus engaños serán descubiertos y no podrá mantenerse contra la gracia del Espíritu que permanece en nosotros. El Señor venció a Satanás y, en Su gracia, nos dio el medio de resistir al diablo que debe entonces huir.

V. 8 - En tercer lugar, se nos dice: «**Acercaos pues a Dios, y Él se acercará a vosotros**» Cuando resistimos al diablo, está forzado a huir, dejando al alma libre para acercarse a Dios y descubrir que Él está siempre cerca de nosotros. Si como el Señor en su perfecto caminar, nos proponemos a ver que el Señor está siempre delante de nosotros, experimentaremos, como Él lo hizo, que está a nuestra derecha y que, estando Él cerca de nosotros, no seremos quebrantados (Salmo 16:8). Acercarse a Dios es la expresión de la confianza activa **en Él** y la dependencia **de Él**, viniendo de un corazón conducido por la gracia que descubre que Su trono es un trono de gracia.

En cuarto lugar, Santiago dice: «**limpiad las manos**». Para acercarnos a Dios, debemos juzgar todo acto que no conviene a su santa presencia, no colocando las manos en lo que nos pueda mancharnos.

En quinto lugar, « *vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones*». No basta con limpiarse las manos; debemos también juzgar el mal en nuestro corazón. Los fariseos podían hacer gran alarde de una purificación exterior lavándose las manos, pero el Señor les debe decir: « *su corazón está lejos de mí*» (Marcos 7:3, 6) El que sube al monte de Jehová y el que habita en el lugar de su santidad debe tener « *las manos limpias y el corazón* (Salmo 24:3, 4). El corazón es el asiento de los afectos cristianos. Aquellos deben ser purificados de todo objeto incompatible con la voluntad de Dios.

V. 9 – Sexto. « **Afligíos, y lamentad y llorad**». Si somos conducidos por la gracia del Espíritu de Dios, no podremos ser indiferentes con la condición solemne que pretende tener el pueblo de Dios, y no encontraremos ningún motivo de gozarnos de su triste estado. El cristiano tiene alegrías que nadie

puede arrebatarse, y puede regocijarse en la gracia de Dios que obra en medio del mal de los últimos días. Pero, la risa vana del mundo religioso profesante y las alegrías falsas por las cuales él mismo se engaña creyendo aliviar sus miserias, conducirán al corazón tocado por la gracia de Dios a llevar duelo y llorar.

V. 10 - En séptimo lugar, el apóstol dice: « **Humillaos delante del Señor, y Él os exaltará** ». Nos confundimos demasiado pensando en la condición que se encuentra lo que pretende ser el pueblo de Dios, pero por encima de todo tenemos que humillarnos a causa de lo que descubrimos en nuestro propio corazón. La humillación debe efectuarse en la presencia del Señor. Es una obra interior por la cual el alma toma conciencia de su propia insignificancia frente a la grandeza de Dios. Nuestra tendencia natural es procurar elevarnos en relación a los demás; sólo la gracia nos hará humillarnos delante del Señor. Si lo hacemos, es Él quien nos enaltecerá en el momento que Él escoja. Al contrario si procuramos enaltecernos, seremos abatidos y humillados.

Observaremos que estas siete exhortaciones implican que nos encontramos en medio de una profesión inmensa y religiosa caracterizada por los males de los somos advertidos. Muy lejos de someterse a Dios y de resistir al diablo, la cristiandad se rebela cada vez más en contra de Dios y se somete más y más al diablo. Despreocupación y autosatisfacción la caracterizan. Sigue alegremente su camino en lugar de llevar duelo y llorar; está orgullosa de sus éxitos, en lugar de estar humillada por su estado. De todas maneras, no es posible corresponder a estas exhortaciones sino con el poder y la gracia del Espíritu que permanece en nosotros (v. 5). Viendo la condición en la cual se encuentra la cristiandad profesante, los que son conducidos por el Espíritu cuidarán de no envanecerse. Serán conducidos a humillarse delante de Dios, para encontrar gracia en medio de toda la ruina, y gloria en el día venidero cuando aquellos que ahora se humillan sean ensalzados, porque « *muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros* » (Marcos 10:31)

4.6 La maledicencia - 4:11, 12

V. 11, 12 - El apóstol nos pone en guardia del orgullo de la carne que procura elevarse. Ahora, nos advierte de la tendencia a rebajar a los demás hablando mal de ellos. Denigrar a los otros es una tentativa indirecta de elevarse a sí mismo. También la maledicencia es sólo la consecuencia triste de la importancia que se le atribuye al yo. El amor no desearía, ni podría, hablar mal. De la abundancia del corazón habla la boca. Luego el hablar mal indica ciertamente que, antes que el amor, el orgullo y la maldad han encontrado lugar en el corazón.

Además, el que denigra a su hermano ha olvidado la ley real que nos exhorta a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Y la ley del Sinaí dice muy claramente: « *no dirás en absoluto falso testimonio contra tu prójimo* ». Ya según la ley, nuestro hermano no debe ser depreciado, sino debe ser un objeto

de amor, y su reputación debe ser protegida por la boca de sus hermanos. Cuando este no es el caso, significa que no vivimos incluso al nivel de la ley. Es evidente entonces que hablar en contra de nuestro hermano, es hablar en contra de la ley; en lugar de cumplir la ley, actuamos como si estuviéramos por encima de ella. Juzgamos la ley más bien que dejar que la ley nos juzgue. Además, transgredir la ley, es despreciar al Legislador y usurpar su lugar. Si nuestro hermano actuó mal, el mismo Legislador puede absolver o condenar según su perfecta sabiduría. ¿Quiénes somos para juzgarnos los unos a los otros?

¿Debemos entonces ser indiferentes al mal que podemos comprobar en los otros? ¡Lejos esté de nosotros! Otros pasajes nos instruyen en cuanto a la manera de tratarlo, cuando la triste necesidad se nos presenta. Pero este versículo nos advierte en contra del hecho de hablar el uno en contra del otro. El que denigra a su hermano no se ocupa del mal y no tiene la intención de hacerlo. Simplemente habla en contra de su hermano para depreciarlo.

Que podamos recordarnos, — cuando estemos tentados a satisfacer aunque sea un poco nuestra maldad rencorosa diciendo mal de nuestro hermano—, que no sólo nos rebajamos por debajo del nivel cristiano, sino que incluso no cumplimos la justicia de la ley.

4.7 La voluntad propia y la confianza en sí mismo - 4:13-17

Finalmente, el apóstol nos advierte con respecto a dos formas del mal que a menudo van juntas — la voluntad propia que deja a Dios aparte de nuestras circunstancias (v. 13, 14) y la confianza en el “yo” que nos hace jactarnos de nuestras actividades (v. 15-17).

V. 13, 14 - Sin inquietarse ni por Dios ni por nuestros hermanos, la carne puede anunciar: « **iremos** en tal o tal ciudad, y **pasaremos** allí un año, y **traficaremos** y **ganaremos** ». La voluntad propia decide donde ir, cuánto tiempo quedarse y lo que hará. Estos proyectos no son necesariamente malos. Lo que sucede, es el hecho de que Dios no tiene ningún lugar en nuestros pensamientos. La vida de la voluntad propia es una vida sin Dios. Disponemos de nuestros días como si nos pertenecieran. Primero olvidamos que no podemos saber lo que sucederá mañana, luego que nuestra vida no es más que vapor.

V. 15-17 - En vista de la incertidumbre de nuestras circunstancias y el carácter pasajero de la vida, nuestra sabiduría consiste en caminar en una dependencia humilde del Señor y someter todos los proyectos que hacemos con esta discreción: « *si el Señor lo quiere* ». ¡Por desgracia! La carne no sólo se jacta de hacer su propia voluntad, sino que se vanagloria en sus jactancias. También se nos advierte que si sabemos hacer el bien y desgraciadamente por nuestra propia voluntad no lo hacemos, pecamos. Además el apóstol no dice

solamente que hacer el mal es pecar, sino que *no hacer el bien*, cuando sabemos lo que es justo, es pecar.

5 La venida del Señor - Capítulo 5

El apóstol ha presentado la belleza de la vida cristiana práctica en medio de una vasta cristiandad profesante (capítulo 1); nos ha dado los criterios que prueban la realidad de la fe en nuestro Señor Jesucristo (capítulo 2); nos ha advertido de las diferentes formas de mal que se encuentran entre los que pretenden estar en relación con el Dios verdadero (capítulos 3 y 4). Ahora, en el último capítulo, distingue claramente a ambas clases de personas, por una parte la gran masa cristiana nominal, y por otra, las que, en medio de ella, tienen una fe personal en el Señor Jesús. Cuando Santiago escribió su epístola, las doce tribus formaban la gran religión tradicional, y el residuo piadoso, los verdaderos creyentes. Hoy, estas verdades se aplican a la cristiandad profesante y los verdaderos creyentes en medio de ella.

El apóstol coloca delante de nosotros el verdadero estado de cada una de las clases, una exteriormente rica y prospera, la otra, pobre y en sufrimiento. Presenta la venida del Señor como el término de ambas condiciones. Exhorta a los fieles a la paciencia en medio del sufrimiento, y muestra que los sufrimientos que atraviesan forman parte de la disciplina del Señor para su bendición.

5.1 Los ricos de este mundo - 5:1-6

V. 1-3 - El apóstol se dirige primero a los que, profesando reconocer al verdadero Dios, no tienen una fe personal en Cristo, sino que hacen de las riquezas y la prosperidad su principal objetivo. Éstos harían bien en pensar en el juicio que va a caer sobre la profesión religiosa, y llorar a gritos, a causa de las miserias que les van a suceder. No sólo sus bienes les faltarán y se pudrirán, sino que estarán en medio de su propia destrucción, como un fuego destructor. ¡Cuántas veces la riqueza, con todas las ocasiones que ofrece para satisfacer cada codicia, ha probado la veracidad de las palabras del apóstol, llegando éstas a ser un instrumento de destrucción tanto para el cuerpo como para el alma! «*Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho... devorará del todo vuestras carnes como fuego*». Además, el tiempo va pronto a acabarse, porque vivimos «en los últimos días». Así, los ricos de este mundo son advertidos de que el juicio se acerca (v. 1); que sus riquezas están podridas (v. 2) que sus propiedades serán así mismo destruidas, en cuerpo y alma; y que son los últimos días (v. 3).

V. 4, 5 - Las riquezas no santificadas destruyen no solamente a los que las poseen, sino que en lugar de estar para el provecho de los pobres, a menudo, hacen que éstos sean despojados y oprimidos. Además, independientemente de toda opresión de los pobres, las riquezas orientan hacia una vida de delicias y pereza, en la cual los pobres no tienen lugar y son olvidados. Se ha dicho muy legítimamente: " *los bienes materiales son igualmente un peligro serio para nosotros los cristianos, porque se corre el peligro de alimentar nuestro orgullo y endurecer nuestro corazón alejándonos de los pobres con quienes el Señor mismo se asoció en esta tierra*"(J.N.D).

El Señor mismo, cuida especialmente de los pobres. No es indiferente a sus necesidades, ni está sordo a sus súplicas. Él mismo vivió en la pobreza, para que por su pobreza seamos enriquecidos. A los pobres le es enviado el evangelio; y Dios escogió « *lo necio*», « *lo débil* », « *lo vil* », « *lo despreciado*» de este mundo. Por cierto pueden ser llamados algunos poderosos y algunas personas nobles, pero la Escritura dice: « *no muchos* » (1^a Corintios 1:26-29).

V.6 - Los ricos no solamente han arruinado y descuidado a los pobres, sino que han condenado y muerto al Justo. El que dijo: « *estoy afligido y pobre*» no es buscado por el hombre religioso afortunado que declara: « *soy rico, y me he enriquecido*». Los ricos en Israel condenaron y mataron al Justo; en la cristiandad los ricos lo echan a la calle (Comparar Salmo 40:17 y Apocalipsis 3:17).

5.2 Los pobres del rebaño - 5:7-11

V. 7, 8 - Dios no es indiferente a los daños causados a los pobres de entre los suyos, ni al hecho de que Cristo es rechazado por el mundo. Pero por el momento no interviene públicamente en favor de los suyos. Cuando intervenga, será en juicio sobre el mundo. Actualmente, actúa en gracia, no queriendo que nadie perezca. Para esta intervención pública, debemos esperar la venida del Señor. El apóstol se refiere a este momento cuando dice: « *esperamos con paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor* ». En vista de todo lo que el pueblo del Señor puede sufrir, estas dos cosas están colocadas ante Él: la paciencia actualmente necesaria y la venida muy próxima del Señor. Cuando venga, cada uno sabrá que Dios no fue indiferente a los sufrimientos y a las culpas sufridas por los suyos. Entonces la tribulación caerá sobre aquellos que hicieron sufrir al pueblo de Dios, y aquellos que sufrieron durante la tribulación, serán introducidos en « *el descanso*» (2^a Tesalonicenses 1:6-10). Entretanto, el pueblo de Dios es llamado a usar de paciencia, como el labrador que debe trabajar con "paciencia", esperando el fruto precioso de la tierra. Cuando el Señor venga, los suyos cosecharán en bendiciones celestiales el fruto precioso de su larga paciencia. Es por eso que en vista a estos frutos preciosos que vamos a recibir, y de la venida inminente del Señor, Santiago nos dice: « *afirmad sus corazones*».

La espera efectiva del Señor — no simplemente la doctrina de la segunda venida — guardará el alma en separación del mundo con su abundancia, sus placeres y su ligereza. La elevará por encima de todo sufrimiento y por encima de todo desprecio, cualquiera que sea su procedencia. La hará capaz de soportar pacientemente todo conflicto; y de caminar con una confianza tranquila, no devolviendo ultraje cuando es ultrajada, no amenazando cuando deba sufrir sin razón, como Cristo que no resistió cuando fue condenado por los jefes de este mundo (1ª Pedro 2:21-23).

V. 9 - Resultará también que no murmuraremos " los unos contra los otros". Sabiendo que el Señor, a su venida, enderezará todas las cosas, somos exhortados a ir adelante en tranquilidad de espíritu, contentos con lo que tenemos actualmente, no compadeciéndonos de nuestra suerte, y no condenando a los que parecen estar en circunstancias más fáciles que nosotros, porque « *el Juez está delante de la puerta*». No nos incumbe juzgar aquello que no es provechoso para nosotros en nuestras circunstancias presentes. Murmurar, es condenarnos a nosotros mismos, poniendo en tela de juicio Sus caminos hacia nosotros. Debemos reconocer que el Señor es el Juez y que sabe lo que es el mejor para cada uno de nosotros.

Abstengámonos también de toda forma de rencor y de enojo en contra de los que posiblemente han dicho mal de nosotros. No nos pertenece a nosotros procurar vengarnos, tenemos que soportar más bien con paciencia, sabiendo que « *el Juez está delante de la puerta*». Muy a menudo lo que hacemos para defendernos nos hace actuar por la carne y con eso nos despojamos de la protección del Juez supremo para colocarnos bajo la condenación. Aceptemos por tanto silenciosamente la injusticia, sabiendo que el Juez se coloca delante de la puerta. No es indiferente a los daños que se hacen a los suyos. Tiene un conocimiento perfecto de todo lo que pasa, y es justo e imparcial en su juicio. Se ha dicho muy justamente: "*Es de mucha importancia tener en jaque los movimientos de nuestra naturaleza. Lo haríamos, si pudiéramos ver a Dios delante de nosotros; lo haríamos ciertamente en presencia de alguien a quien deseáramos agradecer. Sin embargo, Dios siempre está presente; también, faltar a esta calma y de esta moderación es una prueba de que olvidamos la presencia de Dios*" (J.N.D). Busquemos entonces la gracia que necesitamos para acordarnos que no sólo " la venida del Señor está próxima ", sino que « *el Juez se coloca delante de la puerta*»

V. 10, 11 - El apóstol nos recuerda el ejemplo de dos hombres que, en el pasado, sufrieron y usaron de paciencia. Entre los profetas, vemos a hombres que sufrieron injustamente y que, en lugar de ultrajar a sus perseguidores, soportaron sus sufrimientos con paciencia, felices a pesar del daño que se les hizo. Son ejemplos para nosotros, cuando somos llamados a sufrir injustamente por el nombre de Jesús y el testimonio dado a la verdad. Debemos seguir las huellas de «*Aquel que no cometió pecado, y en la boca del cual no hay engaño; que, cuando se le ultrajaba, no devolvía con ultraje, cuando sufría, no amenazaba, sino que remitía la causa a Aquel que juzga justamente*» (1ª Pedro 2:22, 23) « *el Juez está delante de la puerta*» dejémosle el juicio.

Tenemos además el ejemplo magnífico de Job. En su caso, vemos no sólo la paciencia de alguien que sufre, sino que también **el fin perseguido por el Señor**. Si soportamos con paciencia el sufrimiento y las injusticias, descubriremos que al final que, « *el Señor está lleno de compasión y de misericordia*». El caso de Job es especialmente instructivo. El nos enseña que, cualesquiera que sean las pruebas que podemos atravesar, Dios se sirve de ellas para nuestra instrucción. En todo aquello por lo que Job pasó, vemos la disciplina de Dios en vista de la bendición de su siervo. Job se complacía en su propia bondad y confiaba en su propia justicia. Para destruir esta autosatisfacción, le es permitido a Satanás en su malevolencia, zarandear al patriarca, hasta un punto determinado, por terribles pruebas. El resultado de todos los asaltos que Job sufrió de parte de Satanás el acusador, de parte de su mujer y por de sus amigos, fue que no sólo triunfó sobre toda la fuerza del Enemigo, sino que, por estas pruebas, descubrió y juzgó la maldad secreta e insospechada de su propio corazón. Complaciéndose en su propia bondad, que por cierto era efectiva y reconocida de Dios, había declarado: « **los ojos que me veían me daban testimonio**»; pero cuando por fin se encuentra en la presencia de Dios, exclama: « *mas ahora mis ojos te ven, por tanto me arrepiento en polvo y ceniza*» (Job 29:11; 42:5,6).

Por la gracia de Dios, Job soporta triunfalmente las pruebas y por la misma gracia, es conducido a conocerse a si mismo en la presencia del Señor. Luego habiendo descubierto su propio corazón, puede discernir el corazón del Señor, porque comprende que « *el Señor está lleno de compasión y de misericordia*». Después de haber sondeado el corazón de Job y haber reprendido a sus contradictores, Dios lo bendice abundantemente, porque leemos: « *Jehová restablece el antiguo estado de Job y Jehová dio a Job duplicado de todo lo que había tenido... Y Jehová bendice el fin de Job más que su comienzo* » (Job 42:10, 12).

5.3 Que vuestro sí sea sí — 5:12

V. 12 - El apóstol nos advierte contra la impaciencia en presencia de los males, que nos provocarían a la venganza olvidando que « *el Juez está delante de la puerta*». Tomando la causa en nuestras manos somos condenados (v. 9). Nos advierte entonces que hay otra manera de olvidar a Dios y caer bajo su juicio. Murmurando contra los hombres, podemos olvidar la presencia de Dios; pero también defendiéndonos corremos el peligro de olvidar aquello que es dado al Dios soberano hasta el punto de invocarlo ligeramente jurando, para confirmar nuestras declaraciones. No es una falta de respeto muy elemental que en el fuego de una discusión alguien venga a aprovecharse de Nombres divinos para ganar crédito delante de los hombres. También el apóstol dice: "«*antes de toda cosa, mis hermanos que vuestro sí sea sí, y vuestro no, no*».

5.4 Recurso ante las injusticias — 5:13

v. 13 — El apóstol aborda ahora nuestro gran recurso frente a las injusticias. Supone que estamos en presencia de una profesión vasta y religiosa y que los verdaderos hijos de Dios tendrán que sufrir de su parte. Cualquiera que sea la fuente de donde vienen los males, sea del mundo o de nuestros hermanos, nos advierte a velar, no murmurar y a no procurar vengarnos nosotros mismos del que actuó mal (v. 9); y a no protegernos por medio de juramentos (v. 12). ¿Que debemos pues hacer? Su respuesta es simple: « *¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración*»

Nuestra tendencia natural es responder a los ultrajes por ultrajes, a las acusaciones por acusaciones, a la maldad por maldad. Es simplemente responder a la carne por la carne. El camino de Dios para nosotros es muy diferente y a la vez muy simple. Frente a cualquier culpa que se nos hace, tenemos un recurso dado por Dios. En lugar de tomar nuestra causa por nuestras manos, informémosela a Dios por medio de la oración. No es necesario subestimar el mal; podemos considerarlo en toda su maldad y su fealdad; pero después de eso, tenemos que acercarnos a Dios y colocarlo delante de él por la oración. El sentimiento carnal de desquite será así ahogado, el corazón consolado y el espíritu apaciguado.

Alguien ha dicho: “*En todos los casos de aflicción, la oración es nuestro recurso; reconozcamos nuestra dependencia del Señor y nos confiemos en su bondad. El corazón se le acerca, le habla de sus necesidades y de sus penas, colocándolas delante del trono de la gracia y sobre el corazón de Dios*”. Además, no solo nuestras penas son las que nos conducen a Dios, sino también nuestras alegrías. También el apóstol nos dice: « *¿Está alguno alegre? Cante alabanzas* » Nuestras penas como nuestras alegrías deben ser la ocasión de volvernos hacia Dios. Hay una salida para nuestras penas en la oración, y una salida para nuestra alegría en los cánticos.

5.5 La enfermedad — 5:14-15

V. 14, 15 - El apóstol ha hablado de los males que podemos sufrir de parte de los demás. Menciona ahora otra forma de aflicción — los caminos del Señor. Independientemente de lo que otros pueden hacer por maldad para causarnos daño, el Señor puede ocuparse de nosotros en amor, para nuestra bendición. Así, la enfermedad puede golpearnos. Esta enfermedad puede ser simplemente inherente a nuestros cuerpos de imperfección, pero puede también ser el castigo directo del Señor; en ambos casos, nuestro recurso es la oración. No debemos considerar la enfermedad como un acontecimiento fortuito, sino ver en ella la mano del Señor; y si nos volvemos hacia Él con la fe, veremos que está dispuesto a escuchar la oración de la fe y responderla. Si pecados han sido cometidos, serán perdonados. Aquí, el hecho de rogar y de buscar las oraciones de sus hermanos expresa la sumisión del alma a lo que

Dios ha permitido, en lugar de dejarse llevar en quejas y murmuraciones que serían la expresión de un corazón rebelado.

5.6 Confesión — 5:16-18

V. 16-18 - La oración a Dios puede ser acompañada por la confesión del uno al otro. No es la idea de la confesión unilateral a un sacerdote o a un anciano, sino de « unos a otros». Se dice muy justamente: *“Cualquiera que pueda ser el estado de ruina en el cual la Asamblea de Dios se encuentra, podemos siempre confesar nuestras faltas del uno a otro, y orar el uno por el otro, de manera que seamos curados. Esto no pide la existencia de un orden oficial, sino que supone humildad, confianza fraternal y amor. No podemos confesar en efecto nuestras faltas si no tenemos confianza en el amor de un hermano. Podemos escoger a un hermano sabio y discreto (antes que abrir nuestro corazón a personas indiscretas), pero esta elección no cambia en nada cuando el estado de alma es culpable. No escondiendo el mal, sino abriendo su corazón, se libera su conciencia humillada; y puede que también su cuerpo”* (J. N. Darby).

Para estimularnos a la oración, el apóstol dirige nuestros pensamientos hacia Elías y nos muestra que « *la oración del justo puede mucho*». Elías era un hombre que tenía las mismas pasiones que nosotros. También tenía sus períodos de debilidad y desaliento, y sin embargo, en respuesta a su oración, no llovió durante tres años y seis meses. En su historia en 1ª Reyes 17:1, sólo vemos el despliegue exterior del poder de Dios a través de su siervo. Elías declara en efecto: « *Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.* » Pero en nuestro pasaje se nos revela la fuente secreta de esta manifestación pública de poder. **El ora y Dios oye su oración y responde.** Así, en toda esta porción de la epístola, aprendemos que en presencia de todos los males causados por los demás, la enfermedad o faltas que cometimos, la oración es nuestro recurso, la oración de la fe — la ferviente suplica del justo — puede mucho.

5.7 Buscar la bendición para los demás— 5:19-20

v. 19, 20 — El apóstol termina la epístola tornando los pensamientos de nuestras faltas y enfermedades, para dirigirlas a las necesidades de los demás. Si alguno se extravía de la verdad, el amor no será indiferente con respecto de aquel y buscará conducirlo, sabiendo que si es salvo, es salvo de la muerte y sus pecados son cubiertos. Porque, ¡desgraciadamente! la vanidad ofendida y la maldad emanada de la envidia descubrirán, para servir a sus propios fines, las faltas de aquel que se había extraviado, incluso si ellas ha sido confesadas después de largo tiempo y el culpable ha sido restaurado. El amor cubre siempre lo que ha sido juzgado y quitado.